

Ubaldo López Cristobal

## Debemos Conocer Nuestras Abejas

**E**L hombre de edades remotas, descubrió en el trabajo de las abejas su alimento predilecto, y desde entonces, fué parásito del laborioso insecto, al cual persiguió y destruyó para robarle el fruto de su previsión admirable.

Con la civilización vino la necesidad de explotarlas empleando métodos menos brutales, y es así cómo los investigadores encuentran en las viejas tumbas de Egipto, los primeros gráficos que demuestran la existencia de una industria incipiente de explotación de las abejas en pueblos primitivos de vida sedentaria.

En Europa, los dos grandes imperios, griego y romano, explotaron las abejas racionalmente. Era industria de la nobleza y del patriciado que admiraba en la colmena constantemente activa y dedicada a su obra de crecimiento, el rudo contraste con su vida penosa de gentes de guerra.

Pero, fué la ciencia la que conquistó a la abeja, definitivamente, para el hombre, acreciendo y mejorando la labor de los insectos, a medida que aclaraba el conocimiento de su biología. Solón, Aristóteles, Columella, Aristomaco y Eliano, se ocuparon con verdadera pasión en la difícil tarea de conocer el sabio instinto de los himenópteros, hasta que Huber, un naturalista ginebrino a través de 40 años de pacientes trabajos, en 1750, desentrañó

la mayor parte de su secreto. Huber murió ciego, sin haber conocido del todo el problema que se planteara tan generosamente.

Pero los estudios del naturalista Huber, fueron la base de la moderna técnica de explotación racional de las abejas, de cosechar miel y cera sin matar a sus productores, de multiplicar enjambres y mejorarlos, de aprovechar inteligentemente la acción polinizadora; y tras de Huber y Saint-Hilaire, los tiempos modernos dieron otras vidas útiles al apasionante problema: Quimby, Wildman, Berlepsh, Langtrong, Collin, Berlésse, Dadant, y los contemporáneos americanos de las Universidades de Cornell y de Texas: Walton, Conner, Munro, Parker, etc., sabios que tienen la responsabilidad mundial de las investigaciones modernas.

Entre nosotros, las abejas vinieron con los conquistadores españoles, que no podían pasarse sin su alimento de lujo, y en las zonas de industria rural más densa, se establecieron y difundieron sin inconveniente.

Pero, cuando esos conquistadores se internaron en la selva descubrieron que allí también había insectos que elaboraban miel, y que el rubio y dulce líquido, regalaba los paladares del americano nativo, desde la obscuridad de los tiempos.

Y aquella miel era más rica, más densa, más abundante que la de sus colmenas civilizadas, y se encontraba en toda la inmensidad de la selva virgen, dentro de los troncos huecos, en la tierra, en el aire entre las ramas de los grandes árboles, elaborada por abejas minúsculas que no picaban o por avispa brava, que cobraban tributo al mielador.

Aquel inmenso pueblo autóctono, productor de miel, eran las lechiguanas y camuatís, como así las *meliponas* y *trigonas*, avispa y abejitas de América que endulzaron por milenios la vida del indio errabundo, y endulzan todavía el mate de los pobres en las zonas calientes de nuestro país.

La ciencia conoce todavía poco de las dóciles abejitas de América que atesoran hasta la última gota dulce que produce el infierno verde de la selva, y la regala al pobre y al indio con maravillosa prodigalidad.

Sobre este conocimiento científico, que falta, pudiera asentarse una técnica que evite su destrucción, su aniquilamiento con la selva que desaparece devorada por las industrias. América espera todavía el hijo generoso que sea capaz de ofrendar una vida de estudio a la conservación y explotación racional de nuestros insectos melíferos.

Esta labor científica es la única base sólida en que se apo-

yan las industrias modernas que derivan de la naturaleza, sin corregirla ni alterar la suprema armonía que también se desata en tempestades, cuando la ignorancia arrogante de los hombres, hie-re, por ceguera, el círculo dentro del cual mantiene su equilibrio.

La ciencia es conocimiento, es madurez y es armonía teme-rosa que se esmera en sutilezas para no desentonar en el coro que alaba con el ritmo de los seres y las cosas, la obra de la Pro-videncia. Marchando a su conjuro, los pueblos van a la cabeza de la humanidad que sube hasta su destino.

Pareciera demasiado grande esta advertencia que se nos ocurre, referida a las abejas, unos pobres bichitos que se espantan con humo. Parece ridículo que deba hablarse de ciencia, de conocimiento especializado, como base previa de una minúscula industria que hoy está al alcance de los niños... pero, sobre estas pequeñas cosas y estos pequeños seres, la Creación ha montado los pivotes más sutiles y fundamentales de su rueda.

Si matáramos todas las ratas de los campos, las culebras hambrientas invadirían nuestras habitaciones. Si destruyéramos todos los pulgones de las plantas, las hormigas melívoras nos comerían los ojos. Si pobláramos el aire de abejas, sólo de *Apis mellífera*, que es el gigante de los recolectores de néctar, huirían las moscas pequeñas, los ápidos y véspidos menores que no podrían competir con aquéllas en la lucha por la vida... y sucedería que muchas plantas no darían sus frutos, que muchas especies vegetales sucumbirían por falta de los agentes naturales de su fertilidad, y con su desaparición, huiría la fauna y tras de ella los hombres, que no podrían reemplazar de inmediato el sitio vacío en la cadena vital, rota bruscamente.

Por todo ello, es previo el conocimiento generoso y caute-roso de la ciencia, al afán desbordado del utilitarismo industrial, que, con la prisa de los tiempos modernos, es capaz de romper equilibrios naturales en perjuicio de los intereses permanentes de los pueblos.

Con respecto a las abejas, al fomento de su industria, a su expansión artificial, falta en nuestro país la experiencia previa, el dato técnico, que dé al estadista y al productor, la cifra dentro de la cual debe limitarse su actividad en cada ambiente ecoló-gico, tal vez la especie de árido que puede explotar cada zona, para que, sin perjuicio para nada o para nadie, puedan crecer nuestras colmenas dentro del país que soñara Sarmiento: Una Argentina cuya bandera acaudillara un pueblo de *Cien Millones de Hombres*.